

NUESTROS HERMANOS, LOS ANIMALES

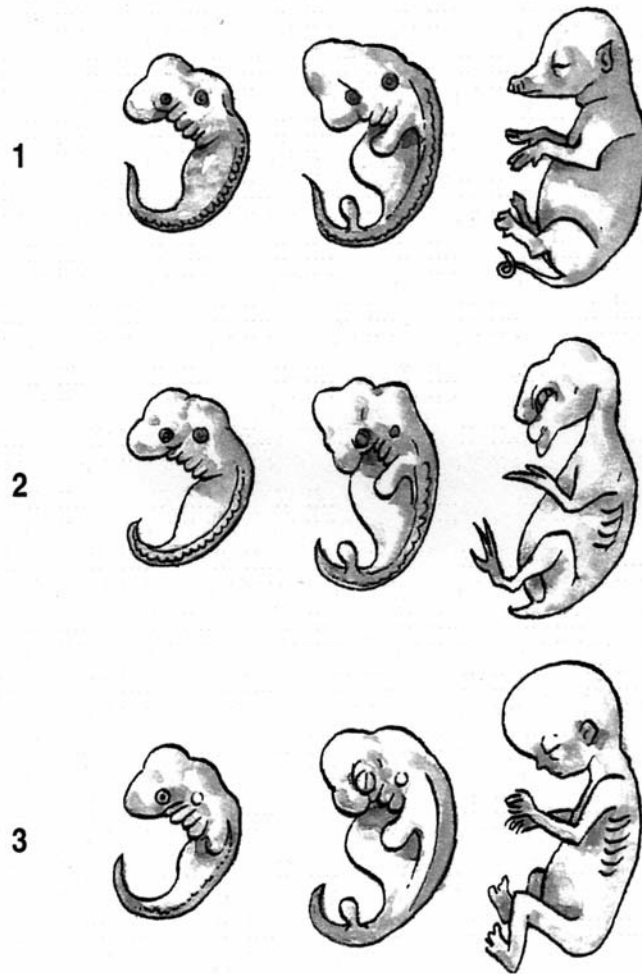
El hombre de hoy, en su desmesurado afán de dominio y de explotación de la Naturaleza ha establecido una relación casi exclusivamente utilitaria con los animales. Este comportamiento, que está causando mucho dolor innecesario y hasta amenaza la existencia de algunas especies en el Planeta, surge del desconocimiento del verdadero ser del animal. Pero quienes aman de verdad a los animales sienten intuitivamente ese parentesco profundo con ellos, que se remonta a tiempos inmemoriales.

Un cuerpo imperfecto, una enorme imaginación

Si comparamos desapasionadamente nuestro cuerpo con el de cualquier animal, nos enfrentamos a un hecho sorprendente: desde el punto de vista estrictamente corporal no somos la corona de la creación, pues nuestro cuerpo no es el más perfecto. Nuestra mano, por ejemplo, está mucho menos equipada para ciertas tareas específicas que la garra del león, el ala de un pájaro o la aleta de un pez. Es cierto que gracias a ella podemos hacer miles de cosas, pero si la consideramos puramente como una herramienta desarrollada para desempeñar una tarea particular, es la más imperfecta de todas las extremidades.

Nuestro oído no es tan fino como el del zorro o el del asno, ni nuestro olfato tan sutil como el del perro, tampoco nuestra vista es tan aguda como la del águila, ni tenemos pico para coger los frutos como los pájaros. ¡La cabeza de un animal siempre es perfecta como herramienta para las operaciones que ha de desarrollar en su entorno!

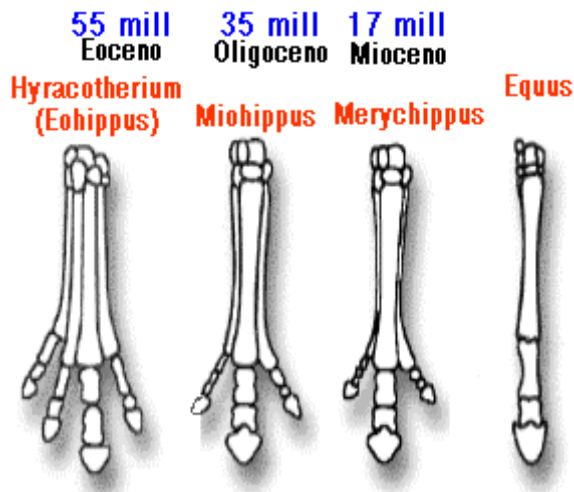
La paleontología, la anatomía comparada y la embriología atestiguan que durante el curso de la evolución, tanto las extremidades como la cabeza humanas se han retenido, han permanecido más cercanas a las formas primordiales, mientras que en los animales siempre ha habido un desarrollo ulterior, como se ve en la siguiente ilustración de las formas embrionarias del cerdo, la gallina y el ser humano.



Sucesión de formas embrionarias de cerdo, gallina y ser humano.

Todos los animales, durante el desarrollo embrionario, deciden mucho antes que el ser humano aquello en que se convertirán. Tras las primeras semanas de vida del embrión se produce un cambio profundo en sus rasgos y la maduración sigue siendo tan rápida una vez el animal ha nacido, que por ejemplo, un gorila es adulto física y sexualmente a los dos años. En cambio, el ser humano es el más lento en madurar y el que mantiene durante toda su vida un mayor parecido con la forma fetal. Un adulto se diferencia muy poco de un niño recién nacido, si lo comparamos con lo que sucede en los animales. Este hecho corrobora la ley de la retención de las formas primordiales por parte del ser humano.

Por ejemplo, los antecesores del caballo disponían aún de cinco dedos, como la mano humana primordial, pero luego se atrofiaron, a excepción del dedo medio, que aumentó y se fortaleció en forma de pezuña, convirtiéndose en un instrumento ideal para correr. Modificaciones parecidas de una mano prototípica o primordial han ocurrido también en mamíferos marinos como la ballena, e incluso se pueden ver durante el desarrollo embrionario de muchos animales.



Sorprende en un principio la idea de que el avance global del Hombre en la evolución haya venido acompañado de un retraso en la evolución de su cuerpo, pero este singular principio evolutivo ha actuado a una escala muy amplia y ha tenido consecuencias importantes. Es como si los animales hubieran agotado sus energías formadoras en el modelado de sus miembros superespecializados, mientras que el hombre se ha reservado parte de estas energías y con ellas ha desarrollado un factor nuevo y decisivo: su gran imaginación creativa. Es esta imaginación la que le ha permitido inventar y construir los instrumentos de que carece su organización corporal: la barca y sus remos para desplazarse por el agua, los vehículos a ruedas para circular por la tierra, los grampones para escalar montañas, las alas del avión, y hasta el calzado y el vestido para cubrir su piel desnuda. A la larga hemos conquistado la tierra, el mar y el aire sin necesidad de miembros especializados en correr, nadar o volar.

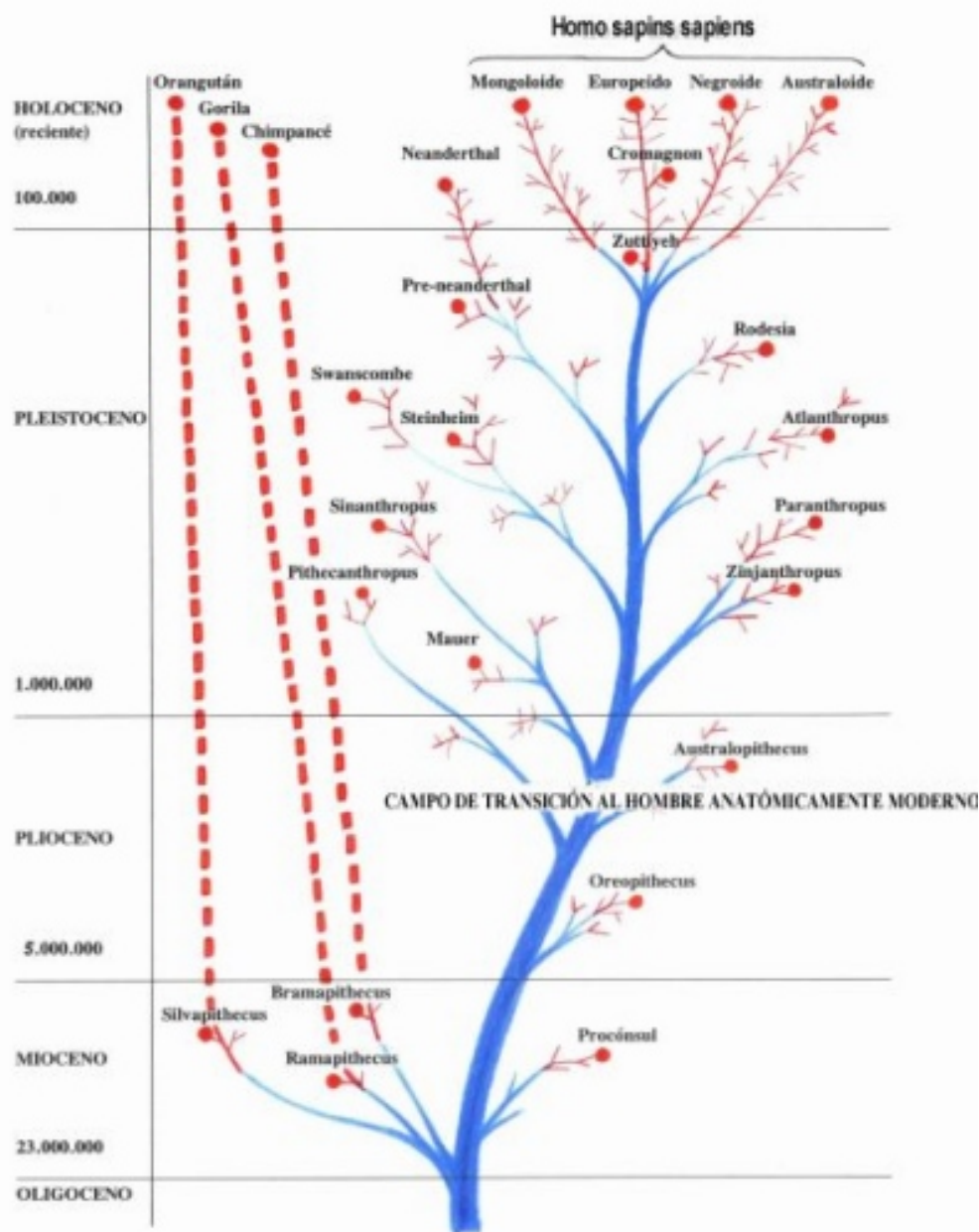
Los eslabones definitivamente perdidos

Que la forma física humana se haya mantenido tan embrionaria y tan cercana a las formas primordiales o iniciales, nos lleva a formular una hipótesis atrevida, ya intuida por algunos paleontólogos: la idea humana original es el prototipo que está en el origen de todas las formas animales. Nuestro diseño humano es el núcleo o tronco vivo del árbol del que surgieron todas las demás ramas : los animales. Los animales serían desviaciones de ese núcleo plástico y vivo que se densificaron en etapas sucesivas para adaptarse a las condiciones del ambiente en la dirección de alguna especialización, es decir, para nadar, reptar, volar, correr o cazar.

Siguiendo con este razonamiento basado en la embriología y la anatomía comparada, también el prototipo humano habría evolucionado todo el tiempo, adoptando múltiples y sucesivas formas. Precisamente a partir de estas formas protohumanas, que sin duda se conservaron en estado plástico y de tipo embrionario, se habrían desarrollado los antecesores de las grandes familias animales, esos enigmáticos “eslabones perdidos” que tanto preocupan a los paleontólogos y que siempre han tenido que dibujar como interrogantes en el centro del árbol de la evolución.

Pero, ¿cómo se compagina esta idea con el hecho de que los restos óseos de los homínidos son los más recientes que se han encontrado en el registro fósil? Hay que decir que hoy la paleontología ha llegado al convencimiento de que las especies que han podido dejar restos fósiles por tener esqueleto óseo, interno o externo, son tan sólo el diez por ciento de todas las que han existido. Pues bien, si las sucesivas formas protohumanas se mantuvieron plásticas todo el tiempo y evolucionaron sin endurecerse, sin adquirir un esqueleto óseo hasta el final del proceso hace unos centenares de miles de años (aparición de los homínidos), ésta sería la razón por la cual no se ha encontrado su rastro fósil y es muy probable que nunca se encuentre: los famosos “eslabones perdidos” estarían definitivamente perdidos.

Con estas premisas se entiende que ninguno de los homínidos que los paleoantropólogos clasifican con tanto tesón – *Australopithecus africanus*, *Homo habilis*, *Pithecanthropus erectus*, *Sinanthropus*, etc.- pueda ser antepasado directo nuestro, pues pertenecerían a sucesivas ramas laterales de la forma arquetípica humana todavía no mineralizada. Estas ramas laterales fueron especializaciones prematuras, callejones sin salida que acabaron extinguiéndose. Una de las últimas especializaciones fue el *Hombre de Neanderthal*, que adquirió esqueleto óseo hace unos 200.000 años y se extinguió sin dejar descendientes hace unos 35.000. Aunque consta como el “penúltimo hombre” de que tenemos noticias, la ciencia tampoco lo considera antecesor del Hombre actual, sino perteneciente a una línea de evolución paralela, desprendida de un antepasado desconocido, es decir, de otro “eslabón perdido” (ver la siguiente ilustración que muestra la filogénesis de los homínidos, dibujando en color azul la macroevolución y en color rojo la microevolución adaptativa).



Esquema de la filogénesis de los homínidos, mostrando los dos niveles de evolución. El nivel dibujado en azul sería el "desierto científico" (zona sin fósiles) del que se lamentan todos los paleoantropólogos.

Podemos imaginar el momento dramático en que, hace unos 100.000 años, le llegó el turno del endurecimiento y de la definitiva adaptación a la Tierra a la última forma arquetípica humana que se mantenía plástica: el *Homo sapiens sapiens*, es decir, nosotros. Encontramos los primeros restos fósiles (cráneo de Zuttiyeh, en Galilea) acompañados desde el principio por señales de una cultura muy avanzada respecto a los Neanderthal. Además, de una manera sorprendente, se están encontrando restos de esta nueva especie repartidos casi simultáneamente por todo el mundo. Este hecho se contradice abiertamente con la clásica teoría del origen del hombre moderno a partir de una especie africana conocida. Este enigma que lleva de cabeza actualmente a los paleoantropólogos se podría

explicar por que el *Homo sapiens sapiens* no provendría de ninguno de los homínidos conocidos, sino del último resto del núcleo plástico de la evolución, probablemente ya muy extendido por el planeta.

Si la línea evolutiva del Hombre actual, hasta que llegó el *Homo sapiens sapiens*, ha estado constituida íntegramente por "eslabones definitivamente perdidos", se puede comprender el gran misterio científico que siempre ha acompañado a la aparición del Hombre en la Tierra.

¿El mundo animal surgido del humano?

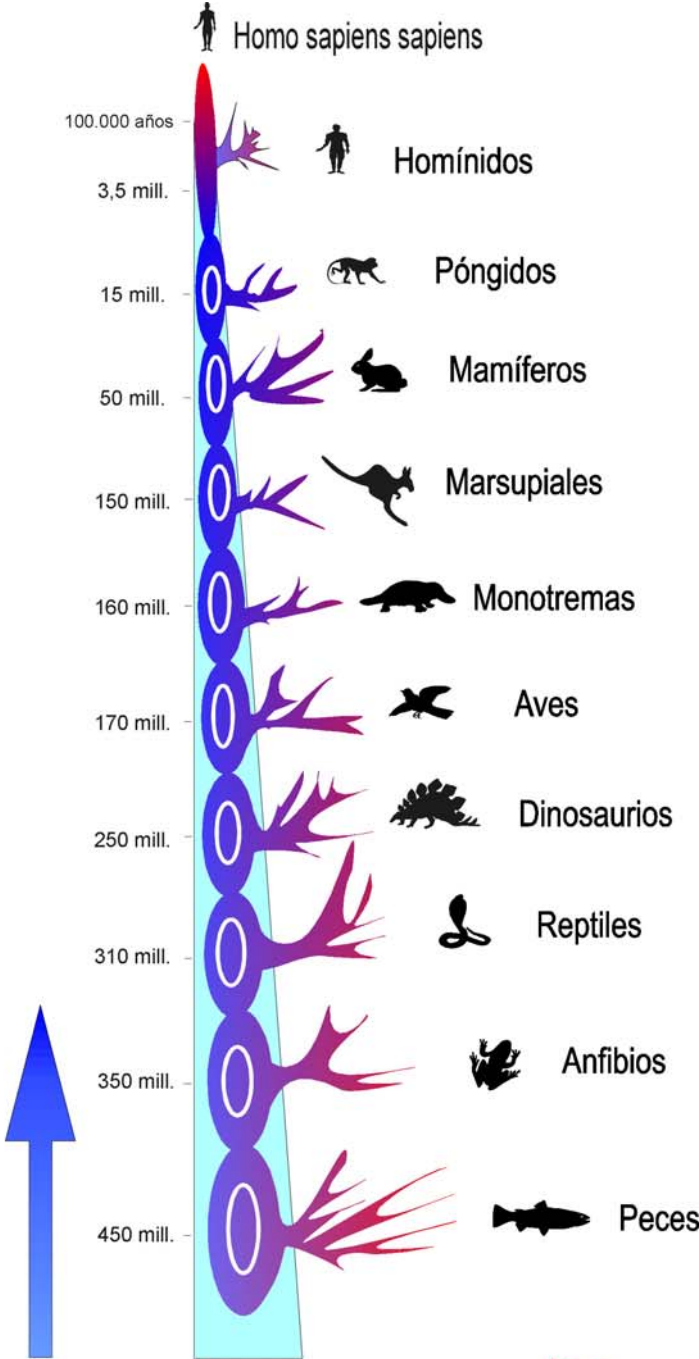
Si el arquetipo humano retuvo las formas físicas primordiales en estado fluido y embrionario, sin especializarlas ni endurecerlas excesivamente, en cada etapa de aparición de nuevas familias animales, el antecesor humano debió tener una forma física parecida a los embriones del grupo de animales que justamente se estaban endureciendo en esa época. Así, aunque el Hombre nunca fue pez, ni anfibio, ni reptil, ni mono, sí tuvo durante su vida una figura sucesivamente parecida a los embriones de esos animales. Esto sucedía ya desde las lejanas épocas en que las nuevas familias animales, al adquirir un esqueleto óseo, comenzaban a dejar restos fósiles y a darnos datos de su aparición sobre la Tierra.

Las imágenes de este grandioso proceso se hallan aún hoy ante nuestros ojos. En efecto, durante las primeras fases de desarrollo del feto humano en el seno materno puede verse que recorre toda una serie de formas parecidas a embriones de animales y que siguen el curso conocido de la evolución. Es el ejemplo humano de la ley fundamental de la biogenética que formuló Haeckel : "el desarrollo embrionario de un animal es una recapitulación de su desarrollo filogenético como especie".

Si asumimos que "lo humano" estuvo presente, organizándose y preparándose en el estado fluido, ya desde el inicio del tronco (ver ilustración "Evolución conjunta del ser humano y de los vertebrados"), podemos considerarlo como el "antepasado común" de todas las especies. El antecesor del Hombre, como núcleo germinal ascendente a través de múltiples etapas, habría dado origen, paso a paso y siempre bajo nuevas condiciones, al mundo animal como ramas laterales del tronco principal, ramas cuya existencia sería incomprensible sin las condiciones plásticas del tronco y la gran vitalidad que fluía del mismo.

El mundo animal se nos revelaría así como un producto derivado de la evolución humana en marcha a través de las eras. ¡Qué lejos estamos de la visión neodarwinista, la más extendida hasta hoy en los ámbitos académicos, que nos habla de la aparición del hombre como un simple apéndice final de la evolución animal!

Evolución en estado plástico
 El núcleo plástico evoluciona hacia una mayor complejidad y una mayor independencia de las condiciones del ambiente. A partir del núcleo se generan los antecesores de las familias y de las especies. No hay fósiles.



El núcleo plástico incluye las formas arquetípicas humanas en evolución

Fijación de las formas
 Partes del núcleo plástico se endurecen. Las familias y las especies animales se adaptan a las condiciones ambientales, aparece la especialización de las funciones. Las formas se estancan, adquieren esqueleto y hay fósiles.

Evolución conjunta del ser humano y de los vertebrados

Un larguísimo viaje en globo

El Hombre es, como escribió Goethe, el hijo primogénito de la Naturaleza. Es humano justamente porque ha podido controlar y apartar de sí los impulsos que condujeron a las variadas formas animales. La siguiente metáfora puede ilustrar el proceso: Un globo va volando sobre el océano, va perdiendo altura y finalmente se ve amenazado con caer y sumergirse en las aguas. ¿Qué puede hacer el aeronauta para evitar la catástrofe? Pues arrojar lastre por la borda para mantenerse en el aire el tiempo suficiente para alcanzar la otra orilla. Del mismo modo, el Hombre primigenio, enfrentado con el peligro de un endurecimiento prematuro, fue expulsando aspectos del reino animal fuera de su ser, liberándose así de gran parte de sus instintos, pasiones y deseos, que entonces se plasmaron físicamente en las formas de las bestias. Desde este punto de vista, debemos a los animales la posibilidad de nuestro desarrollo como seres humanos.

Intuitivamente, la literatura universal ha reflejado esto en los mitos y las leyendas, así como en obras como "*El llibre de les bèsties*" de Ramon Llull o las fábulas de Esopo, Fedro, La Fontaine, Samaniego o Tolstoi. En las fábulas, las figuras de los animales parlantes no invitan a la evasión o la fantasía, sino a una meditación sobre el mundo humano. Las criaturas de ese microcosmos bestial aparecen humanizadas en cuanto están dotadas de *logos* (en el sentido de "razón y palabra") y representan aspectos parciales de los sentimientos y pasiones del ser humano.

Dioses, hombres y animales

En todos los lugares de la Tierra donde todavía existen "salvajes" o "indígenas", como en las selvas y pantanos de Amazonia, en muchas regiones del África central y del sur, en Borneo, las islas Célebes, Nueva Guinea y Australia, los animales y los seres humanos forman comunidades muy estrechas. Viven unos junto a otros y por los otros, en una simbiosis o unidad vital. El discurso del hombre "civilizado" acostumbra a afirmar que son el miedo y la superstición los que determinan los tabúes, los rituales y los actos mágicos de estos pueblos. Pero se ignora que el mundo psíquico de los animales, sus comportamientos instintivos, las imágenes que experimentan e incluso sus experiencias suprasensibles y sus modos de comunicación influyen profundamente sobre el pensamiento, los sentimientos y la conducta de estos aborígenes.

La era de la Atlántida acabó dramáticamente hace unos 12.000 años coincidiendo con el fin del último período glaciario y Platón nos describe los últimos vestigios de su civilización. Según su relato y según otros mitos hindúes contenidos en los Vedas, los dioses y los héroes o semidioses no eran los únicos seres que aparecían en forma humana entre aquellas poblaciones, que si estaban apenas despiertas para los asuntos intelectuales, poseían en cambio poderosas facultades con relación a la naturaleza. Las comunidades humanas de esas épocas fraternizaban tan intensamente con el mundo animal, que las *almas-grupo* de las especies animales, es decir, los seres espirituales que rigen los instintos y los comportamientos de todos los individuos de una misma especie, estaban muy próximas y se comunicaban con algunos individuos de la tribu. Aún hoy podemos ver residuos de esta relación en los cultos totémicos y los rituales chamánicos de las tribus indias y aborígenes, cuando el chaman invoca, en estado de trance, al "espíritu" del animal. Los canales de comunicación del Hombre con esos seres han sido siempre los

cultos religiosos y los ritos mágicos. De este modo se influían unos a otros y determinaban mutuamente sus destinos.

De todo esto sólo nos quedan cenizas, a menudo impresionantes: monumentos megalíticos enigmáticos, pinturas rupestres, piedras grabadas, herramientas, huesos fósiles. Son los vestigios de civilizaciones desaparecidas que estudian los arqueólogos. ¡Pero no sería correcto pensar que en aquellos tiempos sólo existían esas cenizas! La mayor parte de los objetos usados entonces eran de una textura material demasiado tenue y sutil para poderse convertir en fósiles y llegar hasta nosotros.

¿Son sólo fabulaciones?

Los mitos y los cuentos de hadas nos hablan de las metamorfosis de los seres humanos en bestias y viceversa. ¿Son sólo fabulaciones? Si imaginamos que los cuerpos de los animales fueron durante mucho tiempo más maleables y mucho más susceptibles de cambios físicos que en la actualidad, podemos suponer que en la época atlante el abismo que separa actualmente el animal del ser humano era entonces menos infranqueable.

Las leyendas y los cuentos más antiguos, los que nos han sido transmitidos por tradición oral desde las primeras culturas neolíticas de la India, nos indican que el poder de producir estas transformaciones mediante el sortilegio mágico era seguramente posible en los tiempos antediluvianos. Sería como un último resto de unos procesos que, en las eras geológicas anteriores, se habían desarrollado natural y permanentemente.

Dentro de esta teoría, se podría considerar al centauro como una forma de transición comparable al *Archeopteryx*. Así como éste hace de puente entre los reptiles y las aves, otros seres, que se han considerado sólo como mitológicos, como las sirenas o la misma esfinge, habrían cubierto el salto entre los mamíferos y el Hombre. Hay que ver que la misma naturaleza plástica e inestable de estos seres haría prácticamente imposible encontrar sus restos fósiles.

Hermano sol, hermano león

Con el advenimiento de la filosofía y más tarde de la ciencia, ha cambiado profundamente la conciencia de la humanidad. Hoy, el Hombre moderno ha perdido casi por completo el antiguo contacto mágico con las almas-grupo de los animales e incluso ignoramos que estas almas existen. Sólo nos llegan noticias aisladas, provenientes de los ambientes chamánicos de las tribus indias o de los restos de culturas muy antiguas. Este es el caso de los indios yaqui mexicanos en los relatos de Carlos Castaneda o de los aborígenes australianos en la obra "*Las voces del desierto*" de Marlo Morgan, de los chamanes mongoles o de los hechiceros africanos y caribeños.

Nuestra relación con los animales se clarifica enormemente cuando nos abrimos al pensamiento de que el Hombre y la Tierra, con sus rocas, flores y animales son una sola e indivisible comunidad. Un antiguo poema hindú lo expresa así:

*Dios duerme en el mineral,
Sueña en la planta,*

*Se despierta en el animal
Y vive en el hombre.*

Los reinos de la Naturaleza son una parte de nuestro mismo ser, están genéticamente enlazados con nosotros, nos pertenecemos en mutua dependencia y, moralmente hablando, somos responsables de ellos. Sentir una profunda obligación de respetarlos y ayudarlos no es sentimentalismo, pues ellos "descendieron", se materializaron prematuramente, para que nosotros pudiéramos alcanzar el nivel humano. No nos puede extrañar que poetas y artistas hayan expresado tan a menudo sentimientos de esta clase: Cánticos de Francisco de Asís, poemas de Juan Ramón Jiménez, escritos de Rudyard Kipling, etc.

Un primer paso podría consistir en aprender a conocer los reinos de la Naturaleza de una forma abarcante y globalizadora, superando los criterios puramente utilitarios y de lucha por la supervivencia que pretenden inculcarnos las teorías oficiales. Si nos damos cuenta de que reunimos las capacidades y cualidades que se hallan diseminadas parcialmente en los diferentes animales podremos conceder, no sólo a ellos, sino a nosotros mismos el lugar adecuado en la gran comunidad espiritual de los seres.

Francesc Fígols

francesc.figols@gmail.com
www.cosmosygea.blogspot.com

Bibliografía

- Castaneda, Carlos. "Las enseñanzas de Don Juan". Ediciones F.C.E. Madrid.
- Esopo. "Fábulas de Esopo.Vida de Esopo. Fábulas de Babrio" Ed. Gredos.
- Fígols, Francesc. "Cosmos y Gea. Fundamentos de una nueva teoría de la evolución". Ed. Kairós.Barcelona.
- Kipling, Rudyard. "El libro de las tierras vírgenes". Carroggio S.A. Ediciones. Barcelona.
- König,Karl, "Hermano animal".Editorial Rudolf Steiner, Madrid.
- Jiménez, Juan Ramón. "Platero y yo". Colección Austral. Ed. Espasa Calpe.
- Morgan, Marlo."Las voces del desierto". Ediciones B. Barcelona
- Poppelbaum, Hermann. "El hombre y el animal". Cuadernos Pau de Damasc. www.paudedamasc.com